

Carta de la Argentina

I. Dos ausencias: Puig y Bayley

Dos escritores argentinos desaparecidos hace pocos meses —un novelista y un poeta— documentan dos casos extremos, en cierta forma opuestos, y en cierta forma homólogos, del destino sudamericano de este oficio cada vez menos razonable.

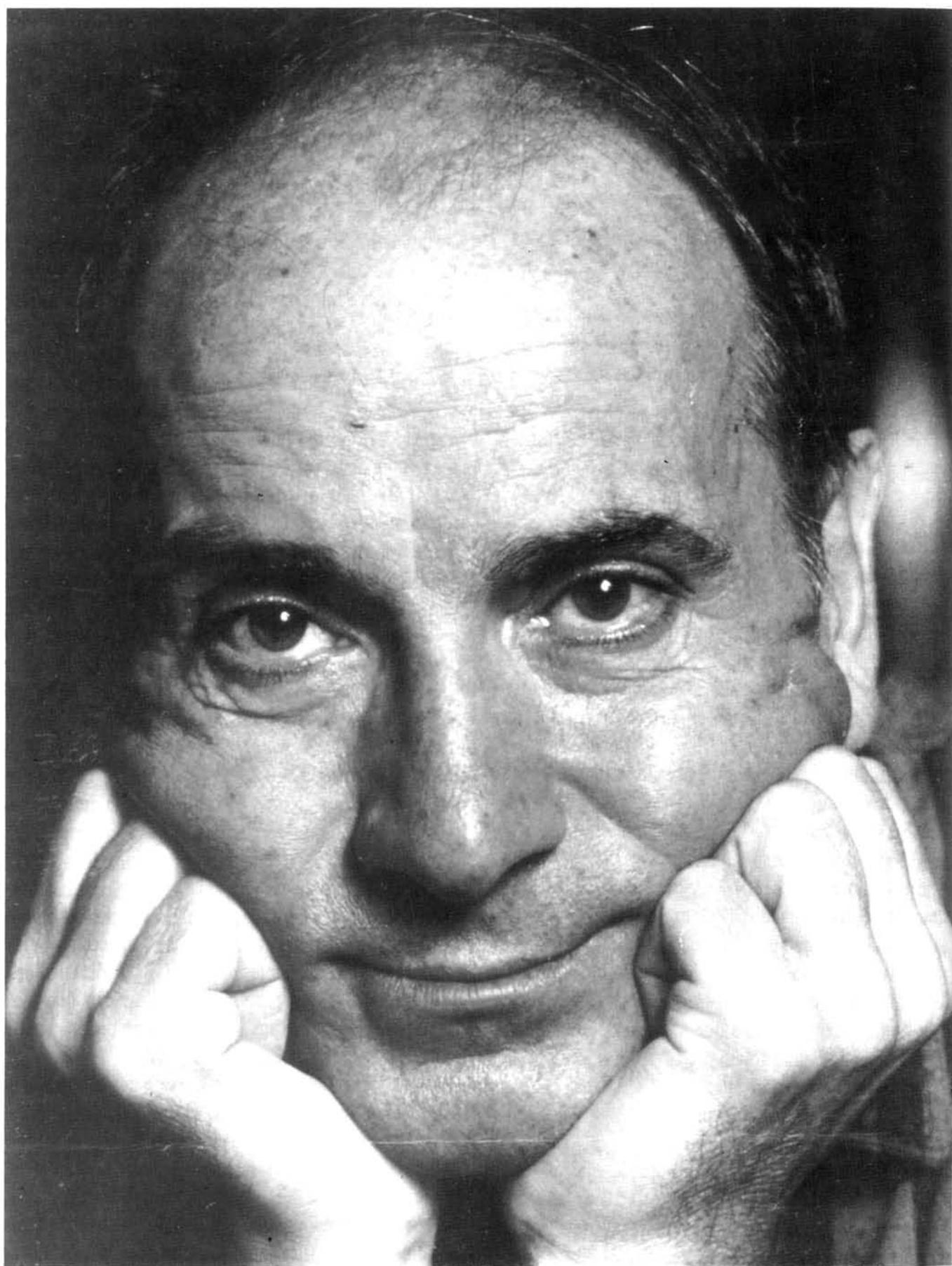
El primer caso es el de Manuel Puig. Como otros compatriotas, Puig había elegido desde hace más de quince años el destierro voluntario. Ya para entonces era considerado uno de los primeros narradores de su generación, por *La traición de Rita Hayworth* y *Boquitas pintadas*. Su exilio quizás haya sido suscitado, no tanto por la censura impuesta a su tercera novela, *The Buenos Aires Affair*, como por el sentimiento de frustración e impotencia que suele invadir a los creadores argentinos en algún momento de su vida. No importa qué motiva estas tristezas: puede ser la amenaza de un autócrata, o la falta de esperanzas, o un medio social impermeable, o la inflación, o el miedo a que todo se repita. Puig simplemente se fue, y no volvió a vivir en la Argentina. Por mucho tiempo estuvo instalado en Río de Janeiro, a pocos cientos de metros de la playa de Leblón. Allí escribió sus nuevos libros, y trajo a vivir cerca de él a sus padres. Recientemente decidió radicarse en México, en Cuernavaca, y allí, poco después de llegar, murió. Es pura anécdota recordar que dos de los mayores escritores argentinos habían muerto, en la década del 80, fuera del país: Julio Cortázar en París, Jorge Luis Borges en Gine-

bra. Puig no pudo, o no quiso, evitar este itinerario expulsor iniciado en el siglo pasado por Esteban Echeverría y, sobre todo, por Juan Bautista Alberdi.

A diferencia de otros argentinos —escritores o no— muertos en el exterior, Puig al menos pudo disfrutar de cierto favor en los medios masivos. Los diarios de mayor circulación le dedicaron un espacio relativamente amplio —aunque inferior, por supuesto, al que suele consagrarse a la desaparición de un actor hollywoodense— e incluso su obra fue brevemente recordada en la televisión. Su prestigio internacional era demasiado obvio y muchos argentinos habían visto la versión cinematográfica de su novela *El beso de la mujer araña* (y antes versiones locales, no desdeñables, de *Boquitas Pintadas* y de otro de sus libros, *Pubis angelical*). Sin embargo, una vez cumplimentados los habituales homenajes póstumos, una discreta oscuridad volvió a cubrir al escritor.

La narrativa de Puig —máxima expresión de este género en la Argentina de hoy, junto a los relatos de otro exiliado voluntario, Juan José Saer— hubiese merecido una consideración más profunda, pero en los tiempos del ajuste económico y del retroceso cultural no es poca la atención que obtuvo. Podía haberse dedicado algún suplemento literario más en los diarios, o un par de programas por televisión que explicaran y glosaran sus libros. Podía haberse urdido la exhibición de un ciclo de películas que incluyera tanto a las que se basaban en sus novelas como algunas de las que él más amaba, muy probablemente pertenecientes a aquella fabulosa producción de cine norteamericano de clase «B» de los años 40, que despertaron las fantasías y cambiaron los sueños de tantos adolescentes y de tantas mujeres en todas partes del mundo. Es seguro que Puig, viejo alumno de Cinecittà, y empedernido cinéfilo, lo hubiese agradecido. Podían haberse hecho muchas cosas, pero no hay nada mejor que recomendar la lectura de sus libros, de gravitación tan firme como secreta, tan sutil como palpable.

No se trata aquí de volver a examinar sus novelas, la evolución interior que se observa en ellas, el natural desapegamiento del medio argentino que puede comprobarse con el paso de los años. Sólo puede insinuarse que la singularidad de Puig reside, tal vez, en haber buscado, y a menudo conseguido, superar simultáneamente las cartillas del realismo y de la literatura fantástica, que compartieron el dominio de la narrativa argentina en



Manuel Puig

las últimas seis o siete décadas. Su uso dramático y expresivo de formas aparentemente subalternas, su reelaboración de deshechos lingüísticos, su mirada sobre formas de la cultura popular como el radioteatro, los boletines, el cine seriado, los epistolarios sentimentales y la prosa periodística, alcanzaron una originalidad y una fuerza artística difíciles de encontrar en nuestra lengua. Y en las novelas de Puig hay, además, un puente, una complicidad con el lector que se opone enérgicamente al sesgo despreciativo e impiadoso de buena parte de la vanguardia narrativa. Puig quiere que sus novelas tengan lectores, así como las películas que amaba se brindaban a su público; pero en esa tersura y en esa naturalidad siempre hay misterios y lagunas de sentido.

El segundo caso es el de Edgar Bayley. Mucho menos conocido que Puig en el exterior, Bayley era, sin embargo, uno de los mayores poetas argentinos. La prensa prácticamente ignoró su muerte, salvo algunas notas necrológicas. No hubo televisión ni suplementos literarios. La poesía, se sabe, es género de minorías en cualquier país del mundo; sólo puede popularizarla algún malentendido que relacione con las canciones de moda o alguna inscripción moral que recuerde su poder de revulsión expresiva. Hoy no parece haber ningún poeta vivo que sea capaz de vender tantos libros como Neruda, o de concitar tanta gente en sus recitales como Dylan Thomas, o mucho menos de formar el gusto como Rubén Darío o, más atrás, Walt Whitman.

Bayley había nacido en Buenos Aires, en 1919 (digamos, para igualar datos, que a su vez Puig había nacido en General Villegas, un pueblo de la provincia de Buenos Aires, en 1933). En los años 40, fue uno de los animadores de la vanguardia estética, que por entonces anteponía el arte concreto y el creacionismo huidobriano a las efusiones sentimentales y a la influencia crepuscular de Rilke. Codirigió en 1944 el único número de la mítica revista *Arturo*, en la que confluyeron poetas, críticos y artistas plásticos.

Más adelante animó, junto a Raúl Gustavo Aguirre, otra revista ya clásica para la evolución de la nueva poesía argentina, y que tuvo más larga vida que *Arturo: Poesía Buenos Aires*. Su presencia era proverbial en las reuniones de poetas jóvenes, y no faltó su aporte en ninguno de los intentos de renovación de la experiencia poética. Por espacio de muchos años trabajó en la biblioteca de

la Caja Nacional de Ahorro Postal (actualmente, Caja Nacional de Ahorro y Seguro). No solía, por supuesto, aparecer en televisión, ni se sabía que hubiese disfrutado de becas nacionales o internacionales.

Fiel a lo que se llamó la línea «invencionista» de la vanguardia literaria de los años 40, la poesía de Bayley inventa, en efecto, su propia realidad, en lugar de sustentarse en otros espacios afectivos o intelectuales. Es una poesía eminentemente verbal, pero en el sentido de un verbo rico en combustión interna, que constantemente remite a la riqueza interminable del amor y del mundo. Aunque no carece a veces de un toque eluardiano, la poesía de Bayley se aleja de la atmósfera surrealista y apuesta por un rigor y por una concisión expresiva que no es fácil encontrar en sus contemporáneos.

Este es el poeta que supo decir alguna vez: «Otros verán el mar/ la soledad del sueño/ encenderán nuevos nombres/ viajes felices al extremo de la mañana/ ... entonces no habrá sido en vano/ tanto descenso y tempestad y absurdo/ tanto desprecio y lagos de sombra y brujas/ tanto perdón y puerta sin llamado/ entonces se amarán de nuevo de verdad/ un hombre una mujer/ al principio al fin del mundo/ otros verán sin pausas/ sin fronteras/ inventarán el fuego y la confianza/ ¿qué día albergará tu nombre/ en qué vena o qué metal/ tendrá destino tu silencio?»

Puig, Bayley. Dos recuerdos y dos formas, a la vez diferentes y parecidas, de que el silencio tenga destino.

II. ¿Qué leen los argentinos?

¿Qué se lee y qué no se lee hoy en la Argentina? No tenemos entre manos, por desgracia, ninguna encuesta seria que conteste con autoridad a esta pregunta. Por eso sólo podemos insinuar algunos apuntes acerca del tema.

Las tablas de libros más vendidos, que cambian semana a semana, se limitan a proporcionar unas pocas pistas sobre los gustos y las orientaciones del momento. Sin embargo, cuando datos y lugares se reiteran largamente en el tiempo, llega el momento de preguntarse con más cuidado sobre una tendencia permanente.

Tal es lo que ocurre con *Soy Roca*, de Félix Luna, un libro que prácticamente desde su aparición, en noviembre de 1989, se ha mantenido intocable en los primeros puestos de las listas de *best-sellers* que publican diarios